

En la sesión plenaria final se sometieron a la consideración del Congreso las Relatorías de cada una de las Comisiones, la aprobación de una Declaración General del Segundo Congreso y se nombró el Nuevo Comité Ejecutivo de la AETM, así como a su Presidente y al Secretario General Ejecutivo.

Dada la gran importancia del Segundo Congreso de la AETM, tanto por el nivel académico de las ponencias, discusiones y resoluciones adoptadas, como por representar un paso adelante en la consolidación de un frente amplio de los científicos sociales del Tercer Mundo para redoblar esfuerzos por lograr acelerar el desarrollo y afirmar la independencia de nuestros pueblos, el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM presenta a los lectores, en dos números de su revista *Problemas del Desarrollo*, una selección de los materiales generales más importantes surgidos del Congreso y algunas de las ponencias que presentaron nuestros investigadores ante dicho evento. Las ponencias que ahora publicamos son sólo parte de la contribución del Instituto al Segundo Congreso de la AETM; en otros órganos editoriales se han publicado cuatro ponencias de miembros de nuestra institución.

El Instituto de Investigaciones Económicas tiene el propósito de incorporar a sus trabajos de investigación, de manera sistemática, la temática de los grandes problemas que enfrentan los países del Tercer Mundo y de realizar eventos académicos en colaboración con otros centros de estudio del país y del extranjero sobre esa problemática, como un medio de contribuir al avance del advenimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional.

DISCURSO EN LA APERTURA DEL II CONGRESO DE LA ASOCIACION DE ECONOMISTAS DEL TERCER MUNDO

Oscar PINO SANTOS

Estimados amigos y compañeros:

Hace cinco años —en febrero de 1976— se celebró en Argel el I Congreso de la Asociación de Economistas del Tercer Mundo.

Por vez primera los economistas y sociólogos de Asia, África y América Latina iniciábamos la práctica de reunirnos en nuestros países —en el propio Argel o en Arusha, en Damasco o Delhi, en México o La Habana— rechazando la tradición de acudir a las viejas metrópolis en busca de soluciones teóricas y prácticas a los problemas. Por vez primera, los profesionales en el campo de las ciencias sociales de esas tres regiones nos encontrábamos en un foro común para intercambiar ideas sobre el proceso histórico, las consecuencias actuales y las formas de combatir el subdesarrollo. Y por vez primera —no obstante la diversidad de orígenes étnicos y nacionales, de idiomas y culturas, de formación e ideologías— los intelectuales allí presentes comprobamos la similitud fundamental de nuestras interpretaciones, la necesidad de estrechar organizadamente los vínculos entre nosotros y el deber de unirnos en una acción común para contribuir a la verdadera independencia y progreso economicosocial de nuestros pueblos.

De aquel espíritu de identidad surgió la Asociación de Economistas del Tercer Mundo.

Esta organización tropezó explicablemente con múltiples obstáculos: inexperiencia, distanciamiento geográfico de sus miembros y dirigentes, dificultades para reunirse e incluso ausencia de una tradición para hacerlo, escasez de recursos financieros, falta de publicaciones y otros problemas. Mas, a pesar de todo ello, la viabilidad —y, en fin de cuentas, la necesidad— de una institución semejante se hizo sentir: La AETM logró por lo menos mantenerse durante estos primeros cinco años de vicisitudes, realizar alguna labor académica, impulsar otras iniciativas y, progresivamente, ir levantándose hasta llegar a este II Congreso de La Habana. Su mérito durante el periodo que acaba de terminar consistió en que logró sobrevivir, para ponerse ahora en

condiciones de avanzar firmemente por el camino trazado, pero con más experiencia, más decisión y absoluta confianza en el porvenir.

Permitidme ahora que diga unas palabras sobre las tareas de este magno evento científico.

Cuando nos reunimos en Argel, el mundo capitalista desarrollado parecía comenzar a recuperarse de la crisis de 1974-75 —la más profunda de la postguerra. Aquella reanimación, sin embargo, resultó mucho más efímera de lo que se esperaba y muy pronto se ingresó en un periodo en que durante cinco años el desenvolvimiento de esas economías ha sido lento, vacilante e incluso otra vez recesivo, como se comprueba con la evolución reciente de las cifras del PIB, la debilidad de sus procesos inversionistas, la subutilización de la capacidad productiva instalada, el aumento del desempleo y el movimiento incontrolable de la inflación.

En realidad, vista retrospectivamente, la situación de la economía capitalista mundial no sólo parece ahora más grave, sino más compleja y carente de soluciones que lo que parecía hace cinco años.

¿Qué explica esta situación?

Responder a esa pregunta representará sin duda uno de los motivos de más polémico debate en nuestro Congreso; pero, al hacerlo, probablemente se tomarán en cuenta la serie de importantes fenómenos que ocurrieron en las economías capitalistas desarrolladas durante la postguerra.

Por una parte, seguramente se recordará que tuvo lugar un auge impresionante de las tendencias a la concentración, centralización e internacionalización del capital, procesos acompañados por una interrelación cada vez más íntima entre los monopolios y los aparatos estatales; que tuvo lugar asimismo una evolución económica expansiva, hasta 1974-75 sólo interrumpida por periodos recesivos breves, poco profundos y asincrónicos; que tuvo lugar una importante revolución científico-técnica; y, que, vinculado a todo ello, ocurrieron cambios en la composición del PIB por sectores y en las estructuras de inversión y comercio internacional.

Por otro lado, también se notará que se agudizaron a extremos sin precedentes las contradicciones internas y externas características de ese régimen. El auge de los monopolios y el impacto de las políticas económicas estatales, en efecto, parecen haber deformado por completo la acción de los mecanismos de mercado; los precios, distanciándose cada vez más de los valores, evidentemente han asumido un movimiento autónomo e incontrolable; la crisis da la impresión de haber perdido su eficacia como factor cíclico correctivo de los desequilibrios del sistema; y el estancamiento, el desempleo y la inflación

—antño fenómenos transitorios— se han convertido sin duda en rasgos crónicos, constantes e insuperables, que hoy forman parte característica del sistema.

Pero han tenido lugar otros fenómenos no menos importantes.

Los Estados Unidos perdieron la hegemonía económica prácticamente absoluta de que disfrutaron durante los primeros años de la postguerra y lo que se presencia ahora —y se refleja a través de lo que justamente pudiera calificarse de verdadera guerra monetaria y comercial— es una escandalosa exacerbación de las rivalidades entre los monopolios norteamericanos, japoneses y germano-occidentales. Ha hecho crisis el modelo productivo basado en el despilfarro de recursos, la energía barata y las agresiones al medio ambiente. Y, luego del derrumbe del sistema colonial, también ha comenzado a hacer crisis el régimen neocolonial —como lo demuestran las acciones de la OPEP y la unidad de los países subdesarrollados en torno al programa por un nuevo orden económico internacional.

Otros acontecimientos históricos también ocurrieron en el periodo.

Se afirmó y acrecentó durante la postguerra el papel histórico de la URSS y la comunidad socialista. En América, a 90 millas de EUA, triunfó la Revolución cubana. Fue derrotada la brutal intervención yanqui en Vietnam. Se han levantado los pueblos por doquier —en Sudáfrica, Medio Oriente, Centroamérica— para luchar contra la opresión y el imperialismo. Y ha ido aumentando el número de países que rechazan la vía capitalista de la dependencia y el subdesarrollo, para optar por un camino orientado al socialismo.

Una cuestión, pues, que seguramente polarizará los debates en este Congreso —tanto porque le sirva de marco conceptual y título como por sus implicaciones para el Tercer Mundo— consistirá precisamente en definir si sólo se trata de una fase entre vacilante, descendente y desconcertante del ciclo capitalista tradicional, o si, en un sentido más amplio, en realidad, lo que está ocurriendo es la expresión de una *crisis generalizada de toda la formación capitalista mundial* que, si bien afecta el propio ciclo, en realidad penetra y se extiende a través de todos los mecanismos de regulación espontánea e institucional del sistema, que afecta las relaciones entre sus potencias desarrolladas más representativas, que no tiene ante sí soluciones a corto ni a largo plazo y que en cambio se enfrenta ante la ineluctable caducidad del neocolonialismo y el horizonte cada vez más diáfano del auge del socialismo.

Mas, si esta última fuera la conclusión, entonces nos enfrentamos a una coyuntura histórica en que los economistas y sociólogos del Tercer Mundo tenemos que adoptar una posición.

No podemos olvidar lo expresado en la Declaración del Congreso en Argel cuando dice:

En [su] desarrollo, el capitalismo movilizó siempre la teoría económica para defender la idea de que este sistema constituye la sola vía racional del desarrollo de todos los pueblos... La historia nos enseña que los economistas burgueses se han movido para defender todas las formas de dominación colonial y otras. La historia nos enseña que dicha teoría, marcada por el sello de sus orígenes sociales, sigue vigente inclusive en nuestros países y que por su retrógrado carácter ideológico frena el avance de una reflexión propia de los pueblos del Tercer Mundo... Debemos aclarar y rechazar el carácter perfectamente no científico de la teoría económica burguesa.

En tal sentido puede decirse que hemos comenzado a avanzar en la identificación, aplicación y desarrollo del instrumental analítico que nos permita interpretar la historia en términos de realidades que afectan nuestros pueblos y no en función de concepciones burguesas, apoloéticas y seudocientíficas, que incluso han fracasado en su papel al servicio del capitalismo monopolista y del imperialismo.

Todos reconocemos la contribución decisiva de Ricardo, no obstante el momento aún temprano de su obra y, aunque no todos compartimos el monumental legado teórico de Marx —y aún así quienes lo compartimos lo hacemos de diversa manera— estoy convencido de que la inmensa mayoría de nosotros estamos de acuerdo en que no se puede abandonar así como así la teoría del valor-trabajo y que mucho menos resulta aceptable la supuesta racionalidad del sistema capitalista que sostuvo la escuela neoclásica desde los años '70 del siglo pasado, fundándose en principios subjetivos de utilidad, en análisis marginalistas, en factores de producción y en concepciones de equilibrio automático del sistema que, por cierto, jamás existieron. A diferencia de los neoclásicos, seguimos pensando que los valores y la riqueza lo crean el trabajo de los obreros y los pueblos. Seguimos pensando que la economía no puede estudiarse separada del contexto de los procesos sociales en que se desenvuelve. Seguimos pensando que, para el Tercer Mundo, el problema de ninguna manera consiste en partir de una hipótesis de trabajo según la cual el capitalismo tiende a asignar de manera óptima los recursos —ilusión ciertamente rechazada por la historia—, sino en constatar y denunciar cómo el capitalismo dilapida los recursos y cómo el imperialismo saquea los recursos naturales y humanos de nuestros países.

Sin dudas, todos conocemos el aporte keynesiano, liquidando el neoclasicismo —ya hecho trizas por la crisis de los años '30—, al introducir los métodos macroeconómicos de análisis; al plantear —a través del concepto de «demanda efectiva»— el problema de la realización en condiciones capitalistas; al impulsar la teoría del ingreso nacional y el multiplicador; y al sentar las bases para que sus seguidores de la postguerra introdujeran modelos dinámicos de análisis aplicados al ciclo y al crecimiento económico sostenido. Pero, al mismo tiempo, ninguno de nosotros ha dejado de notar que las concepciones keynesianas tuvieron por objetivo compensar las fallas del sistema capitalista, y justificar la intervención económica activa del Estado en su favor. Tampoco ninguno de nosotros ha dejado de constatar que la inspiración keynesiana y postkeynesiana no pasa más allá de balances cuantitativos tecnoeconómicos, que desconoce las relaciones sociales y no considera la necesidad —sino todo lo contrario— de los cambios sociales que consideramos imprescindibles para el progreso. Tampoco ninguno de nosotros ha dejado de tomar en cuenta que, si el keynesianismo y el neokeynesianismo han fracasado en sus esfuerzos por explicar y aun por resolver los problemas del capitalismo central, ¿cómo es posible que nos sirva a nosotros para resolver las tareas de la independencia nacional y el desarrollo?

Nuestras dudas respecto a la teoría neoclásica y el keynesianismo, por supuesto, se aplican también —y aun redobladas— a las tesis de la llamada síntesis neoclásica, con sus postulados de vuelta a un *laissez-faire* que a la altura de nuestro tiempo no puede representar otra cosa que un *laissez-faire intermonopolista*; se aplican también a las teorías derivadas que ponen el acento en el llamado «lado de la oferta» (*supply side*) que, desde el punto de vista de los intereses del Tercer Mundo, sólo puede significar oferta onerosa de capitales transnacionales, oferta de préstamos usurarios, oferta de mercancías a precios de inflación y, por parte nuestra, oferta de recursos naturales para ser saqueados y de mano de obra barata para ser explotada; y se aplican también, por tanto, a las teorías monetaristas a lo Friedman, con su aparataje seudocientífico y sus postulados tan antipopulares y antinacionales como favorecedores de los intereses de oligarquías domésticas aliadas al imperialismo más salvaje y esquilmador.

Algo se ha avanzado desde luego, en el análisis teórico y práctico de la problemática del subdesarrollo.

Incluso economistas eminentes de los países industrializados —como Myrdal, aquí presente— y de nuestros países —como Prebisch— han realizado aportes que tomamos en cuenta con el mismo espíritu de rigurosa honestidad científica con que rechazamos

—no obstante algunos aspectos positivos como el referente a la necesidad de luchar por la distensión y la paz— teorías como la del Informe Brandt, basadas en conceptos de un supuesto «mutuo interés» entre los llamados «Norte y Sur» y en falseadas interpretaciones de una «interdependencia» que sólo pueden servir —tal y como se presentan— a los intereses de los monopolios trasnacionales.

Pero las tareas que aún tenemos por delante son ciertamente inmensas.

Representamos naciones de Asia, África y América Latina que suman una población de más de 2 000 millones de habitantes, con diverso origen cultural, diverso nivel económico y diverso carácter de las formaciones económico-sociales, las cuales incluyen desde países donde predominan relaciones precapitalistas de producción hasta países que han logrado cierto grado de industrialización y en los que desempeña papel dominante una burguesía monopolista a su vez subordinada al capital extranjero —pasando por otros que ya han rechazado la vía capitalista del subdesarrollo y la dependencia y han iniciado un rumbo socialista. Al mismo tiempo, pese a tal heterogeneidad, una serie de rasgos nos unen.

A todos nuestros países les es común una larga historia colonial y neocolonial; un escaso y desequilibrado desarrollo de las fuerzas productivas y un mayor o menor grado de dependencia externa; a todos nos es común una participación ínfima en el producto bruto mundial; y, en muchos es típica una situación en la que los pueblos viven en condiciones de pobreza abismal, corta duración de la esperanza de vida, tasas altísimas de analfabetismo, desnutrición, ausencia de recursos médicos y desempleo en escala masiva.

Se trata también, por tanto —y quizá sobre todo—, de dar respuesta desde un punto de vista científico a los problemas concretos con que tienen que enfrentarse los gobiernos, los movimientos sociales y los pueblos del Tercer Mundo en su lucha contra el subdesarrollo.

Así, se plantean cuestiones como las siguientes:

¿Qué hacer, luego de seis años de infructuosas negociaciones, con las llamadas estrategias internacionales para el desarrollo y el denominado «Diálogo Norte-Sur»?

¿Qué papel desempeñan las estructuras internas —políticas, económicas y sociales— en la problemática del subdesarrollo?

¿Qué experiencia arrojan, objetivamente, las políticas basadas en procesos de sustitución de importaciones? ¿A dónde conducen —en condiciones de división internacional del trabajo impuestas por mo-

opolios trasnacionales— los modelos basados en enclaves para la exportación de ciertas manufacturas?

¿Qué viabilidad real, posibilidad y limitaciones tienen los proyectos de autosostenimiento (*self reliance*) individuales y colectivos: la llamada cooperación Sur-Sur?

¿Qué hacer frente a las empresas trasnacionales? ¿Acaso son útiles los códigos de conducta que se pretende elaborar? ¿Es que el imperialismo puede ser regulado jurídicamente?

¿Cómo, luego del fracaso del Programa Integrado de Productos Básicos y la distorsión de los objetivos originales del Fondo Común, identificar las fórmulas que permitan avanzar en la lucha contra el intercambio desigual?

¿Cómo salir del caos monetario actual? ¿Cuándo empezar con el diseño realista de lo que serían los derechos del mundo subdesarrollado en un nuevo sistema monetario internacional? ¿Cómo actuar, al mismo tiempo que se lucha por ese nuevo sistema monetario, dentro del FMI, hoy no sólo controlado —como siempre— por un puñado de potencias capitalistas, sino convertido en arma de estrangulación financiera, coacción política y gendarme imperialista del Tercer Mundo?

¿Qué hacer con la gigantesca deuda de \$ 400 mil millones que, no obstante su privatización creciente y su concentración en un grupo de países, tiene que ser pagada por los pueblos, en muchos casos los pueblos más pobres del mundo?

¿Cómo, en el espíritu de propuestas como la del compañero Fidel Castro de un aporte de \$ 300 mil millones para la lucha contra el subdesarrollo, lograr tal flujo masivo de recursos —y aun uno mayor si es necesario—, en base a mecanismos automáticos de transferencia y desprovisto del sello asistencialista y otras ataduras neocolonialistas?

¿Cómo solucionar los problemas de balanza de pagos que anualmente crea el costo creciente de las importaciones de combustible, sin caer en las maniobras divisionistas que impulsa el imperialismo entre los países de la OPEP y el resto del Tercer Mundo?

¿Cómo incorporar en mayor medida a los países socialistas a la lucha del Tercer Mundo contra el subdesarrollo?

¿Cómo emprender un movimiento que, a la vez que evite el peligro de una catastrófica y suicida guerra nuclear, permita liberar recursos para el desarrollo?

Estamos convencidos de que de este gran foro científico saldrán respuestas adecuadas a tales cruciales problemas.

Estamos convencidos de que de este trascendental encuentro científico surgirán interpretaciones certeras, análisis profundos y orientaciones capaces de contribuir a iluminar el camino de la independencia, el desarrollo y el progreso de nuestros pueblos.

Y estamos convencidos de que todo ello lo lograremos debatiendo ideas en el espíritu de la mayor rigurosidad científica con la conciencia más profunda del sentido de nuestros deberes en el momento contemporáneo y con el espíritu militante de compromiso con los pueblos que representa la pura esencia de los objetivos de la institución que hoy nos reúne aquí.

Muchas gracias.